

INSTRUCCION FAMILIAR.

PLAN.

PRIMERA REFLEXIÓN.—Consideración sobre la genealogía de la Santísima Virgen.

SUBDIVISIONES.—1. Es hija de los Patriarcas.—2. Es hija de los Reyes de Judá.—3. Es hija de los Pontífices de la Antigua Ley.

SEGUNDA REFLEXIÓN.—Gracias de que María fué colmada en su nacimiento.

SUBDIVISIONES.—1. Gracia habitual y actual.—2. La fidelidad de la Virgen á esta gracia es modelo de la nuestra.

Jacob autem genuit Joseph, virum Mariæ, de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus.

Jacob, empero, engendró á Joseph, Esposo de María, de la cual nació Jesús, que se llama Cristo.

(MATTH. 1, 16.)

Los Santos Padres tienen por cosa constante, que la genealogía consignada en el Evangelio es de la Santísima Virgen, lo mismo que de su Hijo Jesucristo, y de su esposo San José. Por esclarecida que parezca esta genealogía, puede asegurarse que es más honorífica para sus progenitores, que para la Niña cuyo natalicio hoy celebramos. Por eso la Iglesia que en el Santo Sacrificio hace conmemoración de los antepasados de la Santísima Virgen, como para felicitarles de haber sido fecundas raíces de que brotó esta preciosa planta á que debemos el verdadero fruto de vida, exhorta á la misma Virgen en el oficio divino á que olvide su pueblo y la casa de su padre: *Obliviscere populum tuum et domum patris tui*; como para recordarla que no podría hallar en su patria, en su familia, en sus padres, ni en ninguno de sus antecesores, ejemplares y modelos bastante dignos de su imitación, debiéndolos sobrepujar á todos, con tanto más motivo, cuanto ninguno se acercó al alto grado de grandeza y gloria á que ella está llamada. En efecto; examinemos cuáles son los ascendientes de María, que el Evangelio enumera hoy. El escritor sagrado los distribuye en tres clases diferentes, colocando en la primera, que se extiende desde Abraham hasta David, solamente Patriarcas; en la segunda que principia en David y acaba en la cautividad de Babilonia, pone solamente reyes; y en la tercera, que comprende el tiempo transcurrido

desde la cautividad de Babilonia hasta la venida del Salvador al mundo, tiempo en que el pueblo de Dios fué casi constantemente gobernado por los grandes Sacerdotes de la Ley, deja descubrir una alianza misteriosa entre los últimos abuelos de la Virgen y la prole sacerdotal, puesto que en otra parte del Evangelio aparece que María, Madre de Jesús, era prima de Santa Isabel, hija de Aarón; deduciendo de aquí los Santos Padres que la Sacratísima Virgen descendía de los Sacerdotes del Señor, así como de los Reyes de su pueblo. Sabemos, pues, por la primera serie de la genealogía, que la Virgen es hija de Patriarcas; por la segunda, que es hija de Reyes; y por los personajes que componen la tercera, vemos que es hija de Pontífices. Pero esos Pontífices, esos Reyes, esos Patriarcas, ¿son bajo ningún concepto comparables con su excelsa descendiente? Alábase la milagrosa fecundidad de los Patriarcas; pero ¿no es infinitamente más admirable la fecundidad de María? Ensálzase el soberano poder de los Reyes; pero ¿no es más grande, de mucho, el poderío de la Virgen? Encómiase la singular piedad de los Pontífices; pero la piedad de María ¿no es incomparablemente más acreedora á las universales alabanzas? Sí; María es, sin contradicción, maravillosamente más fecunda que los Patriarcas, mucho más poderosa que los Reyes y más santa que los Pontífices; María está sobre todos sus progenitores; tanto, que con justísima razón debe olvidar su pueblo y la casa de sus padres, cuyo esplendor, como el de toda su genealogía, se oculta, desaparece hoy ante el brillo de su cuna.

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXION.

CONSIDERACIONES SOBRE LA GENEALOGÍA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Por digna de admiración que pueda ser la fecundidad de los Patriarcas, de quienes María descende, la suya lo será infinitamente mayor. Si es cierto que sorprende oír al Angel del Señor predecir á Abraham, muy entrado en años, que Sara su esposa, estéril como era, tendría un hijo, padre de toda una nación, ¿no hay motivo para asombrarse más al oír que otro Angel anuncia á la hija de Abraham que, sin dejar de ser Virgen, concebirá y dará á luz un Hijo que imperará sobre todas las naciones? Si Abraham, Isaac y Jacob tuvieron una posteridad tan numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del mar, su admirable Hija dará al mundo Aquel ante quien todos los habitantes de la tierra, según frase de la Escritura, deben ser reputados por nada. Si los antiguos Patriarcas han sido los fundadores de un pueblo, al que Dios llama pueblo suyo, á fin de darle preferencia sobre todos los demás, la augusta Virgen que acaba de nacer será

Madre de un Hijo á quien el Padre Celestial reconocerá por Hijo suyo, engendrado en su seno, igual á El y como El Dios. De la Aurora que veis nacer saldrá el Sol de Justicia. De María, sí, nacerá Dios, siendo ella tan verdadera Madre suya como las demás mujeres son madres de aquellos á quienes han dado la vida. Y aún esto es poco. María, si me es permitido expresarme así, será más madre que las otras madres, por cuanto tendrá sobre ellas la singular ventaja de que solamente de María tomará el Salvador su sagrada carne y la sangre preciosa que vierta para redimir al mundo, y por lo mismo será mirada como padre y madre á un tiempo. ¿Puede imaginarse mayor gloria? ¿Hubo nunca en persona humana cualidad tan sublime y tan augusta? ¿Qué fueron la fecundidad de Abraham y la de los demás Patriarcas, comparada con la de María Santísima? ¿Qué cosa puede hacer más grande el Todopoderoso? *Fecit mihi magna qui potens est.* Singulares discursos ocurren á este propósito á los Padres de la Iglesia y á sus Santos Doctores. Unos consideran esta admirable maternidad como la grande obra de las maravillas del Señor, afirmando que nunca hizo éste cosa semejante; otros se adelantan á decir que jamás criatura alguna fué más favorecida que la incomparable María, teniendo por cierto que su eminente cualidad de Madre de Dios agotó en cierto modo la divina omnipotencia. A lo menos es indudable que esta milagrosa maternidad manifiesta la más estrecha unión que la criatura puede tener con el Criador, y por consiguiente, el beneficio más insigne que se puede concebir; insigne, sí, y múltiple además, puesto que necesariamente tuvo que venir acompañado de otros para la augusta Virgen. La fecundidad de María debió tener mayores privilegios que la de los Patriarcas sus antepasados. Como éstos no habían recibido la existencia sinó de hombres pecadores, no les era necesario tener el alma exenta de toda culpa y el cuerpo limpio de toda mancha; pero María, destinada á llevar en sus castísimas entrañas al Santo de los Santos, necesitaba que su inocencia fuese perfecta, y su virginidad incorruptible; doble ventaja que eleva á María, no solamente sobre toda su estirpe, sinó también sobre toda la de Adán. La fecundidad de María Santísima tuvo, pues, como felices consecuencias, la más perfecta pureza de alma y la mayor limpieza de cuerpo. Vista la diferencia que hay entre el padre de los creyentes, mejor dicho, entre todos los Patriarcas juntos, y la Madre de Jesucristo, júzguese si siendo Abraham, Isaac y Jacob tan dignos de honra, por haber sido los padres del pueblo de Dios, en el orden natural, debe ser más digna de honor María, incomparable hija de estos Patriarcas, por haber sido de un modo enteramente sobrenatural y del todo milagroso, Madre del Hijo del mismo Dios, adornada de distinguidos favores y de mercedes especiales. ¡Oh ilustre Virgen, que por la dignidad de Madre de Dios de que os halláis revestida, estáis colocada, no sólo sobre vuestros padres los Patriarcas, sinó también sobre los Santos y sobre los mismos Angeles! Aceptad el deseo que en este momento nos anima de profesaros la más profunda veneración, y de consagrar-

nos para siempre al culto especial que os tributa la Santa Madre Iglesia; culto inferior al de la Divinidad, pero muy superior al de los Santos.

Así como la fecundidad de María es más grande que lo fué la de los Patriarcas, del mismo modo su poder es mayor que el de los demás reyes sus antepasados. No es menester se ensalcen la fuerza de David, ni los tesoros de Salomón, para hacer que resulte gloria á su augusta Hija, porque esta Hija la da mayor á ellos, aunque más poderosos, en cuanto hace á sus fieles súbditos vencedores de enemigos de otro orden que aquellos de quienes triunfaron sus antecesores, y procura á sus vasallos bienes de otro género que los que proporcionaban los monarcas de quienes desciende. ¿Y qué pueden, no sólo estos reyes, sinó todos los de la tierra, en comparación de la Reina de los Cielos? María, teniendo la llave de los tesoros de Dios, puede enriquecer á los mismos reyes de sólidos y verdaderos bienes. A María, no sólo cede el poder de los príncipes de la Jerusalén terrena, sinó que hasta el de la Jerusalén celestial se gloria de cederla. ¿Quién osará medir sus fuerzas con María? Nadie se acerca más al Dios de las misericordias que la Santísima Virgen; y nadie es tan benignamente oída, ni tan favorablemente despachada. Por esto la Iglesia, asistida del Espíritu Santo, nos declara en sus Concilios, que es necesario recurrir á María con preferencia á todos los bienaventurados que ruegan y se interesan por nosotros, como la Protectora más potente que tenemos, y la más á propósito para atraer sobre los hombres gracias abundantes y bendiciones del Señor, no pudiéndose dudar que la intercesión de la Madre tiene que ser más eficaz que la de los siervos. Por otra parte, si el Eterno dispuso las cosas en el orden de su providencia de tal modo que María naciese de ilustre prosapia, contando muchos reyes entre sus antecesores, es evidente, observa un Santo Doctor, que más puso la mira en recompensar la fe de los soberanos de quienes María desciende, que en dar á ésta por progenitores personajes distinguidos por su grandeza terrenal. Además, añade el mismo Doctor, hizo Dios nacer á María de sangre real, para instruir á los reyes de la tierra, enseñándoles, por una parte, que la grandeza, lejos de oponerse á la santidad, puede servir de fundamento á la más alta virtud; y por otra, que la grandeza sin santidad, es un título vano, perecedero y de ningún valor á los ojos del Altísimo. Indudablemente dispuso el Señor que María perteneciera á tan elevado rango para enseñanza de los grandes del siglo, y de ningún modo con el fin de engrandecer á su Madre con cualidades que tan poca estimación tienen á sus ojos. Si la Iglesia parece querer honrar hoy á María, haciendo conmemoración de su noble origen, no es por otro motivo que por poner de manifiesto, de una manera más sensible, esta verdad de nuestra Religión, á saber: que la más eminente grandeza, sin la gracia, no tiene mérito alguno, estando bien lejos de sus intenciones fundar en la simple exposición de su ilustre genealogía el elogio de la incomparable Virgen. Las gracias temporales que el Eterno concedió á los predecesores de María

no fueron sinó figura de las gracias espirituales que Dios había de prodigar, si se me permite servirme de esta palabra, á la Madre de su Unigénito. Las victorias de David prometían las que la Virgen Santísima alcanzaría de la infernal serpiente; así como la ciencia de Salomón significaba que su descendiente sería prevenida con los más distinguidos dones; que brillaría como la aurora, dejando ver en sí todas las virtudes de sus padres, sin ninguno de sus defectos; que juntaría, en fin, la nobleza que proviene de la ilustre familia con la nobleza que procede de una vida santa. *Regali ex progenie María exorta refulget.* De este modo, si la Virgen Santísima nace de la estirpe más noble y más antigua del Universo; si todo lo que hay de más santo é ilustre entre los reyes del Antiguo Testamento, tiene su lugar en la genealogía de la Virgen, que comienza, como observa un Santo Padre, en la divinidad, y acaba en la humanidad de Jesucristo; si María, en fin, saca de ella algún honor, preciso es confesar que es más grande el que la comunica, puesto que María no es solamente gloria de Jerusalén y honra de la casa de David, sinó también honra y gloria del Universo entero, del que nace Soberana Emperatriz, según el significado de su misterioso nombre y la intención de la Iglesia al conferirle este título.

María no es solamente hija de Patriarcas y de Reyes, sinó también de Pontífices. El primer capítulo del Evangelio, según San Lucas, nos enseña que Santa Isabel, descendiente del gran Aarón, era prima de María; de cuya circunstancia deducen los intérpretes, que los últimos abuelos de la bienaventurada Virgen se habrían enlazado con la familia de los Pontífices, por disposición particular de la Providencia, que quería descendiese de sacerdotes y de reyes Jesucristo, que debía ser á la vez Rey y Sacerdote. Tal es la doctrina expresada de San Agustín, el cual expone su opinión como una verdad cierta é indudable: *Firmissime tenendum est, carnem Christi ex utroque genere propagatam, et regum, scilicet, et sacerdotum.* María es, pues, hija de Pontífices; pero hija que les honra más de lo que es ella honrada por estos predecesores suyos, en razón á que por virtuosos y santos que hayan sido aquellos ministros sacrificadores del Altísimo, María les sobrepaja infinitamente en virtud y santidad. ¿Ni cómo podrían los Santos del Antiguo Testamento ser iguales á María, cuando los de la Nueva Ley la son tan inferiores? Dios, como dice San Gregorio Papa, dispensa sus gracias á los demás Santos con medida; mas á la Santísima Virgen se la da, según las palabras del Angel, en absoluta plenitud. En este punto todos los Santos Doctores están de acuerdo, enseñándonos que no hay santidad más eminente en el Universo, después de la de Jesucristo, que la de su augusta Madre. Por eso es María la más excelente modelo que se puede proponer, tanto que, como dice San Bernardo, todos aquellos que desean contarse en el número de sus servidores, están en el deber de seguir, en cuanto les sea posible, su ejemplo, é imitar exactamente sus virtudes. Porque, en efecto, la señal más cierta que se puede dar á una criatura tan llena de perfec-

ción como María, del alto aprecio en que se tienen sus eminentes cualidades, es procurar copiarlas, ofreciendo á la vista de todos el retrato de ellas, aunque defectuoso é imperfecto. Por otra parte, siendo la semejanza una de las causas más conunnes del amor mutuo, el camino más seguro de conciliarse la benevolencia de María es hacer los mayores esfuerzos para asemejarse á ella. En vano se alegarán excusas para no elevarse á tan alta perfección, cuando el apóstol San Pablo se gloria de imitar al mismo Jesucristo: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi.* San Ambrosio afirma, que no podemos encontrar modelo más perfecto de todas las virtudes, fuera de Jesucristo, que en María su Madre; por cuanto la vida de la Santísima Virgen fué tal, que puede servir de regla á toda clase de personas.

¡Oh bienaventurada María! Lo que distingue á nuestros ojos vuestro nacimiento, lo que más dichoso lo hace, no es la gloria de vuestros progenitores, ni la nobleza de vuestra alcurnia. Estimen los hombres preocupados de ideas mundanas esas ventajas naturales; nosotros reconocemos de buen grado que, aunque hija de Patriarcas, de Reyes y Pontífices, no sois por eso grande en la presencia de Dios, ante quien nada son ni el esplendor de sus dignidades, ni la supremacía, ni el poder, ni sus gloriosos hechos, sinó únicamente la santidad, que es lo que hace afortunado vuestro natalicio. Nacéis, Señora, no en el esplendor, como los grandes del mundo; no rodeada de pompas mundanas, como los reyes de la tierra; pero aunque sin esa pompa y sin ese esplendor, hacéis preferible vuestro nacimiento oscuro y todo como es, al de los grandes personajes de quienes descendéis: porque ellos, aunque aplaudidos en su nacimiento por los hombres, fueron concebidos y nacidos en pecado, hijos de ira, dignos del aborrecimiento de Dios, y expuestos á los más rigurosos castigos de su justicia; mientras que Vos, Santísima María, sois, ya al nacer, objeto de las divinas complacencias, hija amada del Altísimo, colmada de abundantes bendiciones suyas y enriquecida con todos los dones del Espíritu Santo. Traéis con vos el preciosísimo tesoro de la gracia que recibisteis en el primer instante de vuestro sér natural; aquel precioso talento que no ha permanecido ocioso en vuestras manos, pues al entrar en el mundo, presentáis al Criador, como primer homenaje, el fruto del talento que recibisteis, reconociendo con gratitud los señalados beneficios que le debéis. Esto, sí, ésto es lo que constituye vuestra verdadera grandeza, oh Virgen Santa. Alcanzadnos el favor de que os imitemos, granjeando de tal modo el talento con que Dios nos ha favorecido, que nos hagamos dignos, por medio de una fidelidad exacta, de obtener la gloria eterna.

SEGUNDA REFLEXIÓN.

GRACIAS DE QUE MARÍA FUÉ COLMADA EN SU NACIMIENTO.

La gracia, y por consiguiente la santidad, fué como el patrimonio y el carácter distintivo de la Madre de Dios en su nacimiento; santidad más copiosa aún que en su Concepción; santidad, no solamente habitual, sino también actual, para expresarme como el Doctor Angélico Santo Tomás y la generalidad de los teólogos.

Por santidad habitual entiéndese esa gracia santificante, ese precioso dón del Cielo, que reside en nosotros, haciéndonos, mientras subsiste, agradables á Dios, y dignos de su amor. Por santidad actual se entienden los actos de virtud que practicamos, ayudados con los auxilios de la gracia que nos fué comunicada, y nos da el poder amar á Dios, y manifestar nuestro amor, sea con afectos, sea con obras. Ahora bien: María poseyó en su nacimiento una y otra santidad; quiero decir, que tuvo la doble ventaja de nacer en estado de gracia, y de obrar desde su mismo nacimiento con la gracia; quiero decir, para explicarme más, que la santidad de María, principiando en su concepción, fué más abundante en su nacimiento: porque desde entonces fué una santidad operante: quiero decir, por si no me he dado á entender bien, que María correspondió á la gracia de su natividad con una pronta y cumplida cooperación, acrecentando, con actos de la más eminente virtud, el valor del talento que recibiera. Lo que principalmente debemos notar es, que los Padres y Doctores de la Iglesia ponen siempre particular cuidado en no comparar la Virgen en el acto de recibir la gracia en su nacimiento, con los demás niños cuando reciben la gracia en el Bautismo. La razón de los niños, oculta aún, no goza de libertad, así como tampoco está dispuesto su corazón á concebir sentimiento alguno. Este vacío lo llena una persona extraña prestando su voz para expresar lo que el recién nacido no puede decir, para obligarse á aquello á que el niño no se puede comprometer, poniéndose para todo esto en su lugar, al mismo tiempo que lo presenta al ministro. No es, pues, efecto de una opinión concebida por la piadosa y sobrado cándida credulidad; no es infundado, por lo mismo, pensar y decir que María, desde el instante en que empezó á ver la luz, sobreponiéndose á la debilidad de la infancia, y usando anticipadamente de las potencias de su alma, conocía al Criador de quien había recibido el sér; y al Santificador que, junto con el sér le había dado la gracia. Ni es infundado pensar y decir que María, al entrar en el mundo, adoró en espíritu al Dueño soberano de él, y que se ofreció, como Jesucristo, rindiendo á Dios, en justa proporción, el propio homenaje y

entregándose á sí misma en sacrificio: *Ingressus mundum, dixit: Ecce venio, ut faciam Deus, voluntatem tuam.* No es infundado pensar y decir, que María, mas iluminada que lo fué San Juan Bautista en las entrañas de Santa Isabel, y más vivamente afectada, se conmovió de extraordinario júbilo al nacer, ora en vista de las infinitas perfecciones de Dios que se la manifestó sensiblemente; ora por el vuelo de su corazón hacia la soberana Bondad, que tan liberalmente la colmaba de favores; ora en fin, por el conocimiento, incompleto aún, y no distinto, de los altos planes que el Cielo tenía formados desde la eternidad sobre ella, al cumplimiento de los cuales había de servir dentro de poco. Ni es por último infundado pensar y decir que el alma de María, llena de tan altos pensamientos cuando apenas aprendía á conocerse, y como arrebatada y fuera de sí, se entregó á todo el fuego de su amor, inflamándose, sumergiéndose profundamente, abismándose en el seno de la divinidad. Expresarse de este modo, es hablar como hablaron los Santos Doctores y los más distinguidos sabios de todos los siglos, cuyas palabras traen la autoridad de su saber y de su virtud. Sería, por lo mismo, una delicadeza mal entendida, y no una prueba de fino criterio, el disentir de la opinión de los varones más célebres y santos, apoyada en incontestables pruebas.

Por mi parte, oh Inmaculada Virgen, me adhiero de todo corazón á sus piadosos sentimientos; miro su dictamen como sólidamente fundado, aunque no tenga por base á la revelación, ni otra garantía que las santas inspiraciones de los Padres y Doctores de la Iglesia. Estoy persuadido, oh adorable María, de que vuestro nacimiento fué santo, y no como se quiera, sino con una santidad que lo acompañó haciendo su más bello ornamento; quiero decir, que no sólo tuvisteis la santidad habitual, por el estado de gracia en que nacisteis, sino también la santidad actual, por los actos de virtud en que os ejercitasteis, desde vuestro nacimiento, con los auxilios de la misma gracia, por lo cual fuisteis en vuestra milagrosa Natividad objeto de las amorosas complacencias de Dios. Deduzcamos de aquí, H. M., que nadie es grande, sino en cuanto mostrándose fiel á las gracias recibidas, se acerca á Dios que es la grandeza misma.

Desde el primer momento en que Dios llenó el alma de María de justicia y santidad, hasta aquel en que entró la dichosa Virgen en la bienaventuranza eterna, triunfó siempre del pecado y del mundo: del pecado y de cuanto tiene de seductor; del mundo, con sus falsas máximas. El fuego del pecado la cercó por todas partes, sin que lograrse hacerla sentir su criminal calor. Santificada, como lo fué, desde su Concepción purísima, no sólo no perdió jamás la gracia, pero ni siquiera empañó su brillo con el menor defecto. Así lo ha creído siempre la Iglesia, según el testimonio y decisión del Santo Concilio de Trento: *Quemadmodum de beata Virgine tenet Ecclesia.* María, sin embargo, aunque nacida con un privilegio sublime que ponía entre ella y el pecado una distancia casi infinita, no creyó poderse sostener sino por la fidelidad y la vigilancia. La misma pleni-

tud de gracia que tan fuera de todo peligro la ponía, la hizo considerar más formidables, en cierto modo, los peligros. Aunque no trajese dentro de sí el fondo de debilidad y corrupción que á nosotros nos lo presenta todo como lleno de riesgos y trueca en lazos nuestras mismas virtudes, parecíale desde su venida al mundo que únicamente la más rigurosa penitencia podía ser lo que asegurara su virtud. Por más confianza que le inspirasen los favores recibidos del Cielo, persuadiéndola de que la gracia no la abandonaría nunca, vivió como si temiese perderla á cada instante, cuidando de ella con tanto esmero como si la viese expuesta á continuos azares; de modo que la gracia que la santificó en su Concepción, fué para ella un manantial abundante de méritos y germen de todas las virtudes. María respondió con fidelidad á su vocación, caminando sin detenerse por la senda de la justicia, y ocupándose continuamente en aumentar esa gracia que constituía á los ojos de Dios su mayor tesoro y su más alta grandeza. ¡Qué enseñanza! ¡Qué admirable ejemplo! ¡Ojalá que la conducta de María no nos condene el día del juicio! Rescatados nosotros con la sangre de Jesucristo y reengendrados por su gracia, no tenemos otro fundamento de nuestra grandeza ni otra prenda de nuestra felicidad que el carácter de hijos de Dios. Es nuestro deber, por lo mismo, hacernos dignos de la nobleza de nuestro origen, copiando en nuestras obras los rasgos que distinguen al Jefe de los elegidos, debilitando el peso de la corrupción que nos abate hacia los objetos sensibles; dirigiéndonos sin cesar á la perfección del hombre nuevo que se levanta sobre las ruinas de la concupiscencia; temiendo el atractivo de los placeres, hasta de los más inocentes; privándonos de su uso cuando puede debilitar el deseo de los deleites celestiales. Es, en una palabra, obligación nuestra guardar con la vigilancia, la oración y la fuga de las ocasiones el tesoro que traemos por un camino lleno de salteadores y rodeado de precipicios y de escollos: *Habemus autem thesaurum istum in vasis fictilibus*. Pero ¡oh mengua! María, exenta de toda debilidad y confirmada en gracia, no dejó de evitar la corrupción del mundo, viviendo en penitencia y sin poner nunca límites á su santidad, creciendo constantemente en virtud y méritos, mientras nosotros, si bien regenerados ó justificados por la gracia, mas por una gracia que ni tiene la estabilidad de la de María, ni su integridad, ni su plenitud; por una gracia que, omnipotente como puede ser, está expuesta á nuestra inconstancia y á nuestra fragilidad; por una gracia que, aunque santificante, no siendo gracia de inocencia, no nos releva de la obligación de velar, de orar y de mortificarnos; por una gracia que, aún siendo abundante, no llena por completo en nosotros el vacío de los méritos que Dios quiere llenemos con buenas acciones y santas obras; nosotros, repito, á pesar de la diferencia de los caracteres de nuestra gracia y la de María, seguimos máximas y caminos contradictoriamente opuestos á los que María siguió. Frálgiles y sujetos á los desórdenes de una naturaleza corrompida, nos exponemos temerariamente á las más peligrosas tentaciones; aunque

concebidos en iniquidad, pretendemos vivir en la molicie y los placeres; aunque desnudos de méritos y virtudes, detenemos el dón de Dios, haciendo ociosa su santa gracia, con entregarnos á una vida inútil y á las prácticas y usos del mundo. Acaso la misma multitud de auxilios y de gracias que María recibió nos sirva de pretexto para vivir tranquilos en pecado, creyéndonos libres de la miseria, corrupción y fragilidad, como lo estuvo la Santísima Virgen. Pero ¿hemos pensado bien en la gracia singular de María, de la cual queremos formarnos una idea que nos tranquilice contra la autoridad y la decisión de sus ejemplos? ¿Hemos formado un juicio exacto de lo que fué esa gracia de María? No olvidemos jamás que, en su principio y en su origen, fué principalmente una gracia de alejamiento y de separación del pecado; una gracia de vigilancia y de precaución para no exponerse á él. ¿Qué es lo que santificó á María? Sin duda fué la fuerza de la gracia; pero también fué su atención á no debilitar, á no arriesgar, á no exponer esa gracia. Por aquí se ve la diferencia entre María y nosotros; diferencia que destruye nuestros falsos raciocinios. María se conservó en la inocencia y la justicia porque no abusó de su estado, porque no confió temerariamente en la elevación de su estado; al paso que nosotros, arrastrados por las pasiones, caemos de desorden en desorden; al paso que nosotros vamos más allá de lo que permite la gracia de nuestro estado; al paso que nosotros prescindimos en nuestra conducta del envilecimiento y degradación de nuestro estado. María fué Santa y modelo de Santos, porque en medio de la plenitud de la más poderosa gracia no se descuidó en tomar todas las precauciones que exige la virtud más frágil; porque vivió como si estuviese colocada en un estado igual al nuestro; entanto que nosotros, siendo pecadores, grandes pecadores, vivimos como si estuviésemos colocados en una situación tan exenta y feliz como la de María; entanto que nosotros, postrados por la debilidad, nos exponemos á peligros que harían sucumbir la virtud más sólida y experimentada.

No nos fiemos, pues, equivocadamente, en las maravillas que el Cielo obró en favor de María, destinada á ser Madre de Jesucristo. Aquellos prodigios, al contrario, que hicieron de ella un objeto de bendición en el primer momento del anatema lanzado sobre todos los hombres; aquellos prodigios, digo, y la fidelidad de María en corresponder á la gracia, nos demuestran que el pecado es tanto más abominable á los ojos de Dios cuando se halla en hombres que tienen más estrechos vínculos con él; y por lo mismo, que atendida nuestra calidad de cristianos, calidad que tan estrechamente nos une á Dios en Jesucristo, hace que nuestros pecados tomen, en cierto modo, del sagrado carácter del Bautismo, un carácter horrible que no tienen, que no pueden tener en los demás hombres.

HOUDRY.